

creadores
santafesinos



José Luis Vítтори

Autor:
Enrique M. Butti

Auspician:

- Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe
- Centro de Publicaciones. Secretaría de Extensión - Universidad Nacional del Litoral.

- *Declarado de Interés Cultural por la Secretaría de Cultura y Comunicación de la Presidencia de la Nación. Resolución S.C.C. N° 0482 - 07/03/2001*

- *Declarado de Interés Cultural por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe por Res. N° 162 de fecha 5/7/1999.-*

- *Declarado de Interés Municipal por la Secretaría de Gobierno y Cultura de la Municipalidad de Santa Fe. Decreto D.M.M. /00351/27/8/1999.*

Correspondencia a: Domingo Sahda - Pasaje Iturri 2790 - Tel.: 0341-460-3570 - 3000 Santa Fe.-

Diseño: Domingo Sahda

Impreso: Imprenta Graficando
de Sergio Sterli - Necochea 2916 Tel.4535411

José Luis

VITTORI



Una literatura del río



Enrique M. Butti: El río tiene una presencia fundamental y constituye el mito primordial de su obra. El río de los indios, de los conquistadores, de los inmigrantes, de los artistas; el río del tiempo que está en sus ensayos, el río de la nostalgia que está en sus novelas, y el río del corazón en las tinieblas y el de los sueños que está en sus cuentos.

José Luis Vittori: Así es. En la literatura y en la vida, el motivo central de mi imaginario es el río. Quiso el destino que naciera en una ciudad fluvial, una ciudad con un puerto muy activo en las primeras décadas del siglo XX. Esa actividad se advertía en el comercio, en el intercambio, en el movimiento de miles de barcos, en la presencia de gente allegada al tráfico y al lenguaje del río. Yo viví mi infancia en ese ambiente un tanto mítico, con una literatura oral propia de las riberas que complementaba las primeras (y segundas) lecturas de los relatos de Mark Twain, Hemingway, Salgari, Julio Verne o Joseph Conrad, cuyos libros velaban la aventura de mis juegos y mis sueños.

Las primeras escapadas con mis amigos a los nueve o diez años eran al puerto, cuyos diques recorríamos fabulando viajes y destinos, reconociendo procedencias y banderas, descifrando el nombre de los barcos apostados y la especie de las cosas que se cargaban o descargaban; no tiene nada de extraño que nuestras imaginaciones navegaran con ellos y animaran el argumento de los juegos domésticos con naves, capitanes, timoneles o gente de a bordo que, por añadidura, veíamos actuar en las balsas y lanchas a motor cuando cruzábamos el río hacia Paraná, La Paz, Diamante y otros puertos vecinos, en excursiones que eran comunes entonces. Así se fue configurando ese mundo con sus historias y sus símbolos.

Más tarde, cuando estalló la segunda guerra mundial en 1939, el movimiento del puerto disminuyó hasta casi cesar, la ciudad orientó su mirada a la pampa agrícola servida por el ferrocarril y las rutas transitadas por camiones. Yo me fui a estudiar el secundario en Buenos Aires y me exilié de la ciudad y el río durante varios años. Entonces sucedió la nostalgia de mi mundo y su gente, de la infancia perdida, de las imaginaciones que ya no se realimentaban, de un tiempo mágico vulnerado por la agresión de la extrañeza y, sí, conocí el corazón de las tinieblas...



JOSÉ LUIS VÍTTORI

LITERATURA Y REGIÓN

(UNA MONOGRAFÍA Y TRES ENSAYOS)

EDICIONES COLMEGNA
SANTA FE — ARGENTINA
1986

JOSÉ LUIS VÍTTORI



el tiempo y los sueños

cuentos

VINCIGUERRA

nuevo cauce

“A PLEIN AIR”

E.B.: *Los críticos han hablado de sus textos utilizando rótulos como “literatura de intemperie” y “saga fluvial”. Yo preferiría recurrir a alguna noción formal y acentuar la fuerza de las imágenes, no en un sentido vanamente fotográfico, descriptivo, objetivista, sino revelador de latencias interiores, las imágenes que busca y despierta la poesía. En todo caso más cercanas a la pintura...*

J.L.V.: Los modelos de una literatura renovada fueron, ni qué decirlo, William Faulkner (el de “Las palmeras salvajes” y “Mientras agonizo”), desde el punto de vista estilístico y compositivo o John Dos Passos en “Manhattan Transfer” y la trilogía “USA”. Sin olvidar las

enseñanzas de Grela en la libertad con que plasmó sus clases y pinturas de los '70. Lo cual ya significaría adentrarse en una larga historia de autores frecuentados y admirados en los años de aprendizaje.

Sin abandonar por completo las incitaciones ambientales de una literatura y una pintura “a plein air”, una adhesión emocional a un ámbito particular de horizontes abiertos como lo es el del río, traté desde “Las fuerzas opuestas” de introducir ciertos cambios como la conjugación de tres monólogos interiores en torno a una situación dramática como en el capítulo “Tres puntas” o la búsqueda de nuevas significaciones en la expresividad de una escritura que, como en el capítulo “Nudos”, se desplegaba desde el principio al fin en un solo párrafo sin más que un punto



final. También cabe recordar que el primer capítulo de la novela “Una historia”, compuesto de cinco momentos personificados en cinco personajes, es, además, la narración de un sueño.

En los años '60 la amistad con el pintor rosarino Juan Grela y a sugerencia de éste, nos llevó a seguir un curso sobre percepción visual, es decir, “Cómo se mira un cuadro”.

Lo hicimos con mi mujer, Raquel, y con la mujer de mi hermano, Elba Sambarino. Eso duró años y nos llevó no sólo a gustar de las artes plásticas, sino a realizar trabajos prácticos en distintas técnicas, a visitar museos y talleres, a estudiar una abundante bibliografía especializada y a frecuentar artistas como Gambartes, Supisiche, Matías Molinas, Fernando Espino, Beatriz Martín, Eduardo Serón, Mele Bruniard y los alumnos y discípulos del taller de Grela en Rosario que cultivaban expresiones y técnicas avanzadas: Ghilione, Elizalde, Favario, Renzi, Amestoy, Lavarello y otros.

Grela era un maestro minucioso y exigente que nos explicó la pintura en función de sus elementos formales, enseñándonos la línea, el color, el valor, la textura o la composición de las formas en el plano según las diferentes técnicas o estilos, desde la pintura de volumen a la pintura plana.

Una consecuencia inesperada de todo esto es que fuimos coleccionando arte del litoral y, por añadidura, desembocamos en la organización de un espacio apropiado a la actividad estética: “El Puente, arte, ediciones”, que contó con el asesoramiento de Grela, Supisiche y Espino en los años 1969 y 70. La galería, expuesta a los riesgos y adversidades de un tiempo violento, anticipó su cierre, después de haber desarrollado una actividad intensa en dos temporadas.

¿Qué tiene que ver esto con la literatura?, se preguntará usted. Tiene que ver porque en aquellos años y a pesar de todo, se vivió en un ambiente de cultura donde las artes integraron sus “constantes técnicas”, de modo que la literatura, las artes plásticas, la música o la poesía unificaron por afinidad su capacidad expresiva en un solo acorde.

En la década de los '70 Supisiche ilustró mis “Cuentos del sol y del río”, en cuyas páginas figuran él y su mujer, Blanca Fuica, como personajes de dos relatos trabajados en función de anécdotas que él prodigaba al modo espontáneo del cuento popular. Por su parte, Espino realizó diez pinturas que iban a ilustrar narraciones de “El tiempo y los sueños” y que están reservadas para una nueva edición. Del mismo Espino es el dibujo a tinta “Mujeres y canoa” que ilustra la tapa de “Las campanas del sur”, pero además dibujos suyos de la misma serie inspiraron momentos de mis relatos en dicha novela cuando la escribí en 1970, lo mismo que los “Paisajes del litoral” de Grela. Lo cierto es que hubo en especial con ellos tres una amistosa afinidad espiritual que se manifestó en las coincidencias que recuerdo.

En cuanto a las búsquedas permanentes, aspiraba a lograr una “buena forma” de construcción y de escritura según el precepto de Boileau en “L'art Poétique”: “Polissez - le sans cesse et le repolissez; ajoutez quelque fois, et souvent effacez.” Esto es, un equilibrio del ritmo y el sonido de las palabras y las imágenes del mundo que se deseaba manifestar en una obra bien armada y bien escrita. En la composición de las formas, he aventurado registros que escapan a la linealidad y se asumen como diseños experimentales. Por ejemplo: Hay tres maneras de leer “Las campanas del sur”, como se



invita en el prólogo, maneras que cambian el ritmo de lectura y, en las páginas de “Al viento y su ley” (IIa. Parte, “Setúbal”), los treinta capítulos que la componen son un “racconto” fenomenológico de los 30 años que pasó ese personaje solo en la costa del río cuidando una tumba anónima; aquí necesité descomponer las cadencias y los silencios de la escritura marcando espacios en blanco que, en una lectura atenta, equivalen a los ritmos de una notación musical, acaso en homenaje a Apollinaire y a su sentido del agua que fluye como el tiempo. Por su parte, los veinte relatos de “Gente de palabra” insinúan un juego de espejos en el cual cada personaje, en un género diferente, narra una historia con una técnica de contrapunto. En el relato “Animas del Paracao” (“Cuentos del sol y del río”), la narración se desarrolla en dos planos simbólicos: la sentina y el puente (del barco). En suma: la construcción de las historias en los libros nombrados fue primero aventurada por una necesidad de innovar y de acentuar las imágenes, que importa tanto como las historias mismas; la búsqueda de un balance entre tradición e innovación, entre la fantasía soñada y la realidad vislumbrada, todo eso sosteniendo la elección de un mundo narrativo.

Estas cuestiones, estos temas, fueron considerados en clave de ensayo, procurando exponerlos y aclararlos a medida que se presentaban en la función narrativa y en el ejercicio del lenguaje. De su reconstrucción han quedado testimonios en las dos mil páginas de un diario personal.



El poeta Nicolás Guillen en “El Litoral” con José Luis Vítтори, Antonio Avaro y Hugo Maggi. Foto: Danilo Birri.



“Paisaje verde”, óleo de Ricardo Supisiche.



“Mujer sentada”, óleo de Ricardo Supisiche.

UNA TRADICIÓN LITERARIA

E.B. Cada escritor se inventa su tradición, ¿cuál es, cuál quiere ser la suya?

J.L.V.: La he llamado “una literatura del agua”, que tiene que ver con ríos y navegaciones, con barcos, capitanes y patronos, con pilotos y armadores, con gente de las islas, con pescadores, también con los sueños que registran ese mundo en movimiento, con rencores y corajes, con puertos y navegantes peregrinos, con “lugares de encuentro” como ese boliche costero que llamé “Los Apóstoles”, o el otro, en la zona del puerto, cuyo primer mentor fue Mateo Booz, el “Sea Man’s Bar”, testigo de aventuras al azar de unas vidas errantes, con el leal sentimiento de una clara amistad...

Aunque nunca he tenido barco, hace más de cincuenta años que vivimos con mi mujer frente a la laguna, al río, otrora a los bañados. Hemos habitado en este ambiente abierto a los amaneceres, frente al albardón que los isleros poblaban, animado por los pescadores y las gaviotas; hemos visto los humores cambiantes del río en crecientes y menguantes, como la luna; hemos escuchado la sinfonía de los pájaros y el rumor del agua en calma o en la rompiente, cuando los chubascos; hemos presenciado la deriva de los camalotes en flor y la policromía del agua según las horas, el aire tenso de las heladas, los mantos de niebla...



Vivir en vecindad de este universo, hablar y oír hablar a su gente, verlos moverse en su medio y ejercer sus oficios, sentirlos, intuirlos en el drama de sus vidas, me ha valido identificarlos con personajes de mis narraciones. He navegado por estos ríos, he sido un pasajero, un contemplador, un testigo a bordo de barcos como “Temerario” de Supisiche o, en mis años de Facultad, de los barcos que cruzaban ida y vuelta a Paraná, de mañana, de tarde o de noche, con calma o tormenta, observando siempre esas vidas y oficios de embarcaderos y varaderos, la manera de vivir de esa gente embarcada o asentada en las orillas.

Desde las lecturas infantiles y adolescentes de las novelas intrépidas de Salgari o de Mark Twain -el inolvidable Huck Finn o el releído, amado e influyente “Vida en el Misisipi”- he sido afecto a esa literatura del agua con la cual me identifiqué por afinidad de nacimiento, sin efusiones de color local: “El río oscuro”, de Alfredo Varela -recuerdo haber charlado con él de estas cosas una tarde entera en el Colastiné, mientras dejábamos pasar los cruces de la balsa en el embarcadero-, la conversada poesía de Juan L. Ortiz -mateando sin apremio en las siestas de otoño en el parque Urquiza, mientras su galgo, “Prestes”, retozaba por allí frente al río-; los cuentos alucinados de Horacio Quiroga en el Iviraromí; las cartas de los Robertson, navegando aguas arriba y abajo en el Paraná o, en fin, toda esa apasionante literatura del agua que se ha formado en el Río de la Plata desde las cartas de Luis Ramírez e Isabel de Guevara o el poema “La Argentina” de Martín del Barco Centenera, desde el siglo XVI a nuestros días; “Los isleros” de Ernesto Luis Castro; “Narraciones y versos de boliche” de Crisanto Galván ilustrados por José Planas Casas; “Las puertas de la tierra” de Agustín Zapata Gollán; “La ribera” de Enrique Wernicke; “Sudeste” de Haroldo Conti; “El astillero” de Juan Carlos Onetti; “Río de las congojas” de Libertad Demitropulos o “Puerto perdido” de Marta Rodil, sin olvidar una etapa en la que el cine argentino cultivó la temática del agua con acentuado interés en este imaginario de gente primitiva no exenta de nobleza y de un sentido dramático.

En mis libros de ensayos: “Imago Mundi”, “Literatura y región” o “Del Barco Centenera y La Argentina, orígenes del realismo mágico en América”, me he referido a estas cuestiones, en las cuales se entrelazan lo real y lo mítico, en la trayectoria que va desde “Las fuerzas opuestas” a “El tiempo y los sueños”. Un entrelazamiento de imágenes infantiles y adultas en el magisterio de Croce -la expresión como forma de intuición lírica-, el apostolado de Ezra Pound en “Les imagistes” (“El ABC de la escritura”), los ensayos del filósofo T. E. Hulme cuyos apuntes recopiló Herbert Read en 1924 (“Speculations”) o un par de libros de Sartre sobre la imagen y lo imaginario.

Al libro de Pound, teórico y crítico afinadísimo, lo estudié y leí con frecuencia. Esto, le digo, como ahondamiento teórico, pero un mundo de imágenes se había abierto ya desde la infancia lectora en la dimensión de los sueños. A los 14 años había escrito mi



primer relato fantástico, en buena parte soñado después de leer “La Patagonia maldita”, de Lobodón Garra; a los 17 había leído los dos volúmenes de “La interpretación de los sueños”, de Sigmund Freud y, desde que comencé a escribir regularmente ficciones, los sueños fueron una “instancia atendida” en toda mi literatura. Por esto suelo identificarme con los imaginistas que cultivaron las letras inglesas en el primer tercio del siglo XX, incluyéndolo a Eliot y a Gertrude Stein.

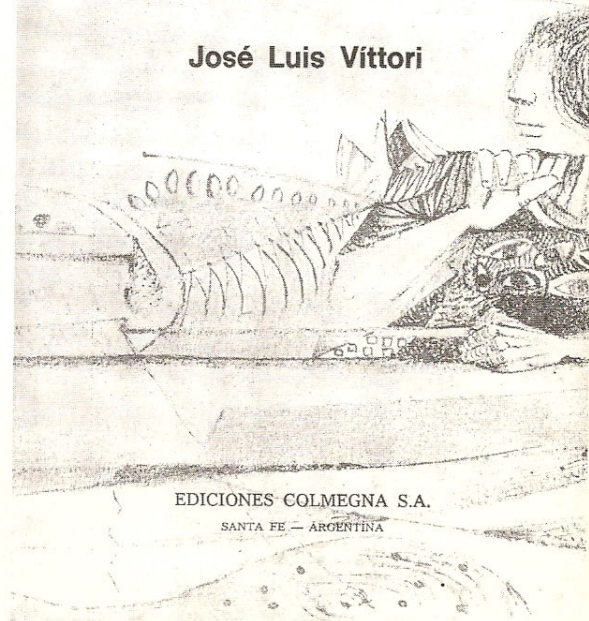
¿Qué más puedo decirle? En mi literatura he aspirado a presentar personajes, situaciones, destinos o ambientes sin describirlos. He aspirado a que los distintos aspectos de la narración se manifiesten como imaginaciones motivadas por el reactivo de las mismas palabras, incitando a las intuiciones del lector. A esto podríamos llamarlo estímulo de un “espacio poético” capaz de explayarse en los símbolos y las metáforas de la misma escritura. No tengo el don de escribir buenos versos, pero más de una vez la crítica ha señalado cierto caudal poético en mi prosa que, desde siempre, he trabajado con intención de “cargarle sentido hasta el grado máximo” por el sonido y por la imagen, buscando obtener otras resonancias al sentir la armonía del ritmo y la acústica de las palabras en las oraciones.



José Luis Vittori con Ernesto Sábato.

LAS CAMPANAS DEL SUR

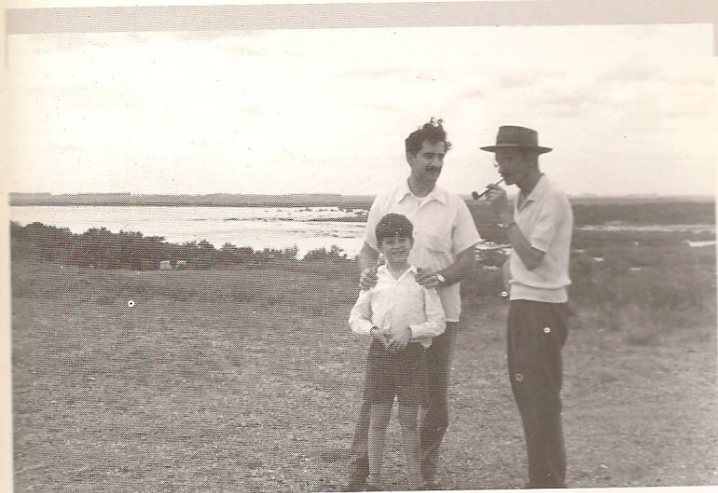
José Luis Vittori



EDICIONES COLMEGNA S.A.
SANTA FE — ARGENTINA



José Luis Vítтори en Salto Grande (Río Uruguay) con su hijo Manuel y Juan L. Ortiz. Año 1960.



Humo en los ojos (cuento)

Era un buen atardecer de otoño, dorado, tembloroso, todavía cálido. El hombre había terminado su trabajo e iba a leer el diario en el porche de su casa. El diario era de la mañana y a él no le importaba demasiado leerlo a la tarde, después de cumplidas sus tareas en el molino; deliberadamente ocupaba su ocio leyendo noticias viejas sobre cosas ocurridas muchas horas antes, incapaces ya de actuar y de preocupar dada su pertenencia al pasado. Leía distraídamente, saltando de una noticia a otra, en tanto esperaba que alguien pasara y se detuviese a charlar con él hasta la hora de la cena.

Esa tarde no pasó nadie. Tampoco leyó el diario. Se distrajo mirando el camino de tierra que ondulaba lánguidamente entre las casas del pueblo, los árboles amarillentos, el vuelo de los pájaros en el cielo inmenso y desteñido, hasta que dejó de pensar, de ver, y en sus ojos desfocados entró una bruma tenue, una especie de neblina como la que flota sobre los campos helados. Así permaneció todo el tiempo, echado en la hamaca, insensible a la luz que se extinguía, al aire que se enfriaba, al cencerro de los animales que conducían a los establos.

Su mujer debió llamarlo varias veces y luego acercarse a sacudirlo para que volviera de su prolongada ausencia. Él pareció asombrado de estar donde estaba, de ser quien era. Parpadeó en la oscuridad, encandilado por la luz de la cocina, se cubrió la boca para esconder un bostezó, se desperezó largamente recogiendo y estirando los brazos, pero nada dijo cuando su mujer comentó:

-Qué raro, te habías quedado profundamente dormido.

Sí, era bien raro. ¿Iba a decirle que no estaba dormido?

Al día siguiente, Juan Lencinas se levantó como siempre a las seis, tomó su desayuno pero no acudió al trabajo.

Pretextando que el día anterior había hecho más de lo necesario, declaró su intención de tomarse un descanso entre semana.

-Los demás conocen sus obligaciones -dijo-, no hace falta que yo vaya a orientarlos, Ana, si eso te preocupa.

Ella terminó de levantar la mesa.

-Siempre que te sientas bien -repuso.

-Oh, claro que estoy bien.

-Hoy es día de feria, ¿recuerdas?

Él se golpeó la frente con ademán distraído.

-No, no me acordaba. ¿Te molesta si me quedo en casa?

-No me molesta -dijo ella, retirando las tazas-, pero vas a quedarte solo.

-Eso no importa, por una vez voy a leer el diario a la mañana.

Salió al porche a recogerlo y se acomodó en la perezosa. Echó una mirada por las inmediaciones. Lejos avanzaba una pick-up anaranjada levantando el polvo del camino reseco. *Está haciendo falta una buena lluvia* -pensó Juan Lencinas.

Ana bajó los escalones del porche con un carrito de alambre.

-Me voy, viejo, ¿quieres algo? -dijo.

-No, estoy bien así.

La vio alejarse en dirección al caserío donde los jueves funcionaba la feria. Sus ojos siguieron el humo de una chimenea, viéndolo ramificarse en el aire seco y transparente de la mañana de abril. Después observó al empleado municipal, en una de las calles, a la distancia, apoyado en el mango de la guadaña, de espaldas, inmóvil, pendiente quizás de las figuras que trazaban en el cielo las últimas golondrinas. Hasta que sus ojos se quedaron



José Luis Vittori con Fernando Espino / 05-10-1989



quietos, fijos en un punto invisible del horizonte, y volvió la niebla, no sin antes tener conciencia de que se abandonaba a ella plazeramente, y que eran dos en el mismo suspenso aletargado.

Ana debió traerlo de vuelta al mundo con un zamarreo, como ayer tarde.

-¡Pero qué les pasa a ustedes! -rezongó-. ¿Ahora se les da por quedarse dormidos a media mañana?

Juan Lencinas no entendía el disgusto de su mujer y puso cara de sentirse ajeno, mientras la miraba tirar del carrito lleno de cosas, tendido en la hamaca, sin atinar a nada, infiltrado de pereza.

Dos o tres puesteros dormitaban allá como si los hubiera picado la mosca del sueño -le oyó decir antes de que la puerta mosquera golpease en el contramarco.

-¿Dormidos? -se preguntó Juan Lencinas, interrogándose en un bostezo pleno y despreocupado.

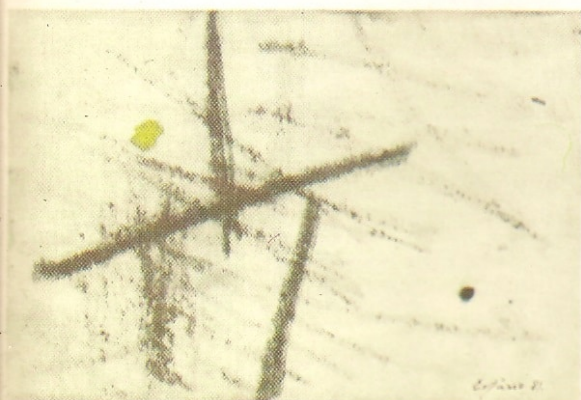
Entonces volvió a ver al peón de la comuna, parado en medio del cantero, quieto a la luz del sol. *No me digan que ése también está dormido* -pensó, observando cuánto había avanzado ya la mañana sin que él mismo hubiera hecho nada.

Y, sin deseos de hacer nada, después de desperezarse a gusto estirando brazos y piernas, se puso los anteojos para

leer el diario. Su vista saltaba indolente de sílaba en sílaba por las grandes palabras negras de los titulares sin detenerse, sin fijarse, probablemente sin entender. Hasta que de pronto volvió atrás y repasó dos palabras, haciendo que penetraran en su mente blanda: “Extraña enfermedad”.

La noticia venía del Oeste, dando cuenta de un raro fenómeno que se manifestaba en la gente sin distinguir sexo ni edad. *Sin acusar síntoma alguno, entran en un estado semejante al letargo -leyó- del cual reaccionan cuando se insiste en llamarlos, sacudiéndolos si es preciso; pero recaen una y otra vez por períodos que se alargan sin razón aparente, hasta que de pronto ya no vuelven en sí y permanecen quietos, desinteresados del mundo, sin decir palabra ni tomar alimentos. Se les inyecta suero con la esperanza de una reacción. Afirman los especialistas que los afectados no duermen ni están en coma. No hay disociación, tampoco sonambulismo. Las funciones son normales. “Sueñan despiertos”-dicen unos, y otros: “Hay humo en sus ojos”.*

Juan Lencinas se levantó trabajosamente para comentárselo a su mujer. No alcanzó la puerta. Por la ventana la vio de pie junto a la mesa del comedor, la mirada fija en ninguna parte, con una sonrisa inocente en los labios.



Fernando Espino / pintura



Fernando Espino / pintura

Chau Calandria (cuento)



Era del 28, le decían "Calandria" y llevaba muchos años bregando en el duro trabajo del puerto cuando murió, silencioso, sufrido como suelen morir las cosas, después de haber probado su fama de baqueano en un sitio donde no es fácil probarse. Su historia se cuenta así:

Juan y Pedro Costanzo son hermanos y se aprecian, pero a Calandria lo contemplan y lo quieren (por eso velan su sueño), con la ternura reticente y esquiva que es el modo de los orilleros. Vecinos, en su largo deambular por la ribera, de la isla Santa Cándida, del Colastiné, del viejo Chircal, del barrio Candiotti ahora, pero siempre de las orillas, son gente de la costa, inseparable de las islas y los ríos. Calandria no. Él es forastero y ha venido de muy lejos, hace muchos años, joven y flamante por así decirlo, con la pinta de haber nacido para no acabarse nunca. De su patria, muy al norte, ha viajado a Buenos Aires en un barco de carga, y de Buenos Aires a Santa Fe a patita, rodando por la tierra de un estrecho camino; al puerto de Santa Fe, a cargarse bolsas de cereales -las bolsas de ciento veinte kilos de una época, que era como cargar el mundo en el lomo-, más que los estibadores formados y curtidos en el yugo de las Compañías, porque Calandria era robusto entonces y hecho a duras ocupaciones.

Ahí en el mismo puerto, cruzados de Alto Verde con su canoa panzona y su carga de pescados aceitosos y brillantes de luna, lo habían visto los Costanzo. Él estaba en el muelle del dique uno, detenido a la sombra de una grúa, recio e impecable, entregado ya a su destino de servir, distinto e inconfundible entre las chatas, los percherones y el cordaje de los barcos. Los Costanzo se pararon a mirarlo, coleando sus pescados en las sogas, admirados y pensando que él los esperaba (tanto habían hablado ya de eso, de los tipos de su especie -libres y errabundos en su mecánica como los pájaros). El patrón se los presentó, el gordo del chambergo negro.

Hablaron largo y despaciosamente en el parapeto del dique, junto a la grúa que estaba descargando a *El Paraguayo*; luego se fueron los cuatro al *Sea Man's Bar* y allí continuaron hablando, poco, despacio, estudiándose las intenciones frente al porrón de ginebra.

Se habían encontrado a la mañana y era ya de noche en la plaza de las Ondinas cuando el gordo se despidió y se fue. Pero él se quedó con los Costanzo, como si los hubiera elegido o preferido a su patrón, y allí lo festejaron con un envite de copas que duró hasta la madrugada.

Al salir del *Sea Man's Bar* él los estaba esperando, empañado por el rocío del amanecer, agrisado por la fuga de las sombras, y una calandria cantó en lo alto del follaje. Tanto les gustó ese canto en la luz de la mañana, tan contentos estaban de tenerlo allí con ellos, y tan preparado él para el ancho espacio, que el nombre surgió espontáneamente y lo llamaron Calandria.

Desde entonces se los vio siempre juntos, amigos, "compadres", trajinando bajo la lluvia y los soles del verano, y el frío y la niebla en los caminos velados del otoño, junto a las estibas y los barcos, cerca o lejos de la zona por años y más años, amparados, sostenidos por la inextinguible fuerza de Calandria.

No dejaron nunca, sin embargo, de ser pobres, desinteresados o inhábiles en el trato de sus compromisos, ajenos a esa trama de horarios y regateos que mandaba en el puerto, y aún fuera de los muelles, en la zona de comercios, cuchitriles y grandes Compañías donde el tiempo se metalizaba o se escurría como la ceniza entre los dedos, cándidamente confiados -se diría- en el asombro mecánico de Calandria, en la agilidad que todo lo resolvía trabajando por ellos dos, permitiéndoles vivir en su tiempo de orilleros, en el secreto de sus razones.



No se casaron los Costanzo; leales a un amor que habían compartido y perdido allá en el Colastiné, a esa nueva y cerrada hermandad de hombres, y envejecieron solos, secos de ánimo y de trato, huraños de isla y de horizontes vacíos, aún entre la gente; tenaces y seguros de ser lo que eran y de valer lo que valían, los tres juntos, trío lastimoso al final de su aventura y acaso sin saberlo, con su caravana de remiendos y de achaques -las toses de Calandria, su respiración entrecortada, ese andar como rengueando en el óxido de sus articulaciones-, desplazados hacía tiempo (lo mismo que los carros y la muchedumbre de piel oscura que le decía "gauchito"), por otros forasteros semejantes a él y hasta mejores que él, si cabe, arribados con la inmigración a la ciudad crecida y chirriante; sin atreverse ellos dos, Juan y Pedro Costanzo -"Los Apóstoles" de una antigua vida de boliche arraigada en la memoria de un albardón-, a confesarse la final nostalgia de la isla que flotaba en la ausencia de sus ojos como un humo anochecido, esperando en el fondo de sus voces que Calandria decidiera dónde los hallaría la muerte, la callada, la sigilosa muerte, el momento de la despedida que la común vejez anunciaba sin error y sin tregua.

Calandria decidió. De los tres fue el primero en negarse a andar. Fue la suya una negativa rotunda y definitiva. Un decir basta después de tantos remedos de muerte que ellos atendieron y curaron con purgas, sinapismos, parches adhesivos y hasta alguna prótesis que la ocasión mandaba. Juan y Pedro Costanzo, habituados ya a sus ronquidos y temblores; no lo quisieron creer. Y se quedaron junto al amigo quieto, remendado y empatchado como ellos, inútil al final de su carrera, sin un resto de memoria que llamara desde su fondo mohoso.

Hicieron un armazón de palos, lo cubrieron con una lona y en esa especie de choza aguardaron unos días.

-¿Qué podemos hacer con él? -dijo una vez Pedro Costanzo.

-Pues nada -le dijo Juan moviendo la cabeza-, creo que se ha muerto.

La ciudad corre zumbando por Alem y el puerto zumba en la cavidad profunda de sus barcos, mientras ellos dos, sentados en la tierra frente a un fuego de ramas secas, traman sus recuerdos en el hosco silencio, encima de EL Chircal, sepultados entre la maleza como el antiguo barrio en la arcilla endurecida.

Esa mañana y como despertando de un sopor espeso, Pedro Costanzo empieza a recoger sus cosas sin decir palabra, solo con su impulso de marcharse.

-¿Entonces ya nos vamos? -dice Juan, sorprendido en los remansos de su memoria.

Pedro asiente. Juan se queda mirando el suelo, pensativo, tembloroso de recuerdos frente al único llamado audible que es el de las islas.

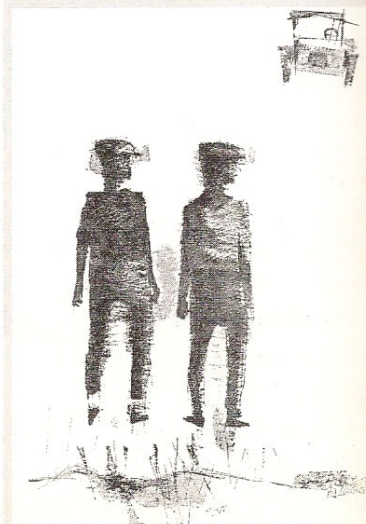
Después, sin ninguna respuesta que lo detenga, Juan Costanzo recoge su ropa, la pava tiznada, la olla de cobre y, sin darse vuelta, cabizbajo y silencioso en el arrastre de sus alpagatas, se aleja del lugar.

Es una mañana de sol amarillo y brumoso. Pedro Costanzo se queda parado frente al cadáver de Calandria, un muerto desbaratado y decrépito, atado aquí y allá con pedazos de alambre, rellenas sus vísceras con una estopa rancia, embreada su piel granulosa, todo con una dignidad callada y polvorienta. Roza con sus duras manos el guardabarro podrido, la puerta desgonzada del forcito, la chapa manchada de herrumbre.

Después retrocede unos pasos. Se detiene, junta los pies y, empeñosamente erguido, levanta la cabeza. Quitándose el sombrero, carraspeando para aflojar el impedimento de su voz ahogada por un grueso nudo, dice simplemente

-Chau, Calandria...

Y sus palabras aletean en el aire de abril como dos mariposas negras.





UN BALANCE PROVISORIO

E.B.: Tantos libros de ficción, de ensayo, de investigación, en una vida dedicada a la literatura, ¿Cuáles fueron las certezas que lo llevaron a ella, cuáles las verdades que descubrió con la experiencia y cuáles las desilusiones, cuáles las felicidades que le otorga, cuáles los misterios que permanecen?

J.L.V. - Hubo un pasaje bastante doloroso desde el periodismo a la literatura, sobre todo a la narrativa. Mis primeros trabajos publicados en 1947 fueron investigaciones sobre el mito y las mitologías: “Amanecer y ocaso del mito” y “El complejo sueño de la humanidad primitiva”. Con ese rigor conceptual empecé a escribir un libro, trunco por carecer de una bibliografía actualizada como la que conocimos años más tarde: las “Mitológicas” de Lévi-Strauss, o los tratados de Mircea Eliade. Puesto a narrar, en un principio no entendí que la objetividad directa del estilo racional y periodístico, sirve a la información pero no a la intuición simbólica que busca crear mediante el lenguaje la presencia de ambientes y el juego dramático y de situaciones, es decir, lugares y personajes motivados por la emoción. Al fin, después de mucho escribir y romper páginas, entendí lo esencial de la transposición: que importa invocar mediante las palabras la “escena imaginaria” y mover en ella personajes con ciertas motivaciones y cierta autonomía. Años después, luego de pruebas y errores mortificantes aclarados en el fervoroso taller del grupo “Adverbio”, atiné a escribir mi primer cuento “sustentable”. Fue publicado en el libro antológico “Trabajos I” y desde entonces tuve bastante tiempo de arrepentirme. Al ensayo me adapté con más facilidad después de comprender el sentido metafórico y la sustitución de lo contingente por lo necesario de planteos e ideas.

A partir de allí nunca abandoné la alternancia de la narrativa y el ensayo, porque además de imaginar necesitaba pensar y explicarme muchas cosas de este universo, en el cual la palabra expresa y manifiesta a la vez. Interín debí descubrir cuál era mi propio territorio, es decir, la temática que me interesaba ahondar, el “país” de mi literatura. En un principio acudí a los recuerdos de infancia, en ejercicios de una memoria evocativa que me llevaron a reconocerme en ciertos rasgos de la realidad en torno. Cada descubrimiento, cada logro, fueron instancias de felicidad como la de haber compartido con mucha gente valiosa un ideal de cultura; feliz fue escribir de un tirón, en un mes inspirado, los capítulos de “Las fuerzas opuestas”, mi primera novela, y encontrarme poco después con el libro impreso y con aquella foto mía en el Puente Colgante con un fondo de inundación que tomó Luis Montpellier e ilustró la tapa.

En el lado oscuro, como usted sabe, Enrique, en nuestro país no faltan amarguras y frustraciones, sobre todo en materia de bienes culturales. Pero, en el fondo, no puedo quejarme.

He llegado a comprender las altas y bajas del oficio, a responsabilizarme de los desabrimientos y, en resumen, he podido escribir lo mío con el tiempo necesario y sin sujeciones a intereses extraños. En cada circunstancia he contado con la lealtad y la



comprensión de mi mujer, que desde el principio entendió el sacrificio de silencio que la escritura impone, aparte de haber contribuido siempre a una primera lectura inteligente de mis originales y de haber creído contra viento y marea en mi elección de la literatura. También el apoyo de nuestro hijo que, formado en otras disciplinas, fue respetuoso del tiempo de trabajo dedicado a escribir retaceado a otros halagos de presencia o de figuración.

Fueron momentos felices los que trajeron ciertos primeros premios: las distinciones nacionales como el “Ricardo Rojas”, la Faja de Honor de la SADE, el “Arturo Jauretche” de La Matanza, o el reconocimiento a la tarea cumplida por instituciones profesionales de nuestra ciudad y de Buenos Aires, sobre todo la designación como miembro de la Academia Argentina de Letras.

Cuando miro la distancia que hay entre la primera frase de “Las fuerzas opuestas” (1960) y la última de “Cuentos del río” (2000), veo en perspectiva el camino recorrido y me digo que no fue en vano; algo importante para mí se jugó en estos cuarenta años: haber escrito una obra en un sentido integral, haberla hecho poniendo en ella lo mejor de mí, haber donado el tiempo lúcido a un esfuerzo creador sin otro interés que el de consumir una vocación asumida en plena juventud.

Ahora bien: El misterio que permanece cabe en dos preguntas existenciales: Todo esto ¿para qué?, ¿para quién?

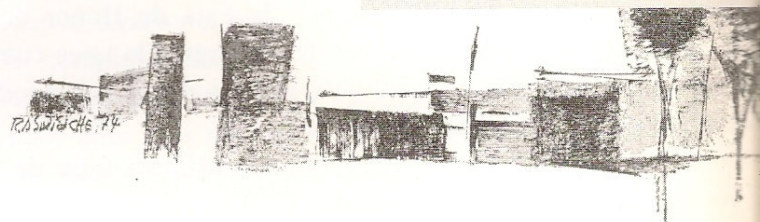
Salvo lo ya dicho en cuanto a sentir que en un orden personal algo se ha cumplido, yo no sé la respuesta en cuanto al destino de lo realizado: puede que algo permanezca en la memoria de la gente o que todo caiga en “el común olvido”. Sé lo que deseo pero no lo que sucederá. Es penoso en esta materia haber perdido las certezas que teníamos en tiempos de “Adverbio” sobre el porvenir de la literatura, del libro y del país. No pienso que se deje de leer y de escribir, pero ¿por qué medios?, ¿en qué soportes?, ¿con qué público, con qué mitos? En última instancia encomendaré lo hecho a los “amigos desconocidos” que alude el poema de Jules Supervielle. Pero a esto se lo cuento en la próxima reencarnación. Si es que el mundo se salva del Apocalipsis.



José Luis Vittori en las Cataratas del Iguazú con Juan Grell, 03-08-1964.



José Luis Vítтори con Ricardo Supisiche. 17-12-1978.



Algunos juicios sobre su obra

* "Quien haya vivido junto a nuestros grandes ríos y los haya recorrido en su dimensión total; quien conozca la majestad y grandeza de sus cauces, puede comprender el tono con que José Luis Vítтори sabe desentrañar de sus orillas o traernos desde su hondura a los protagonistas máximos y mínimos de esta original novela argentina" (Sobre "Las fuerzas opuestas". R.E.P. Diario La Prensa Cultural, Buenos Aires, 8/4/1962).

* "José Luis Vítтори logra narrar una historia de violencia mediante pocas y certeras pinceladas" (Sobre "En El Paso". Federico Peltzer, La Gaceta, Tucumán, 26/1/1969).

* "O la ficción alcanza el nivel de la poesía o no es más que mera crónica. Este difícilísimo salto se ha logrado en 'Las campanas del sur'" (Ernesto Sabato, 1971).

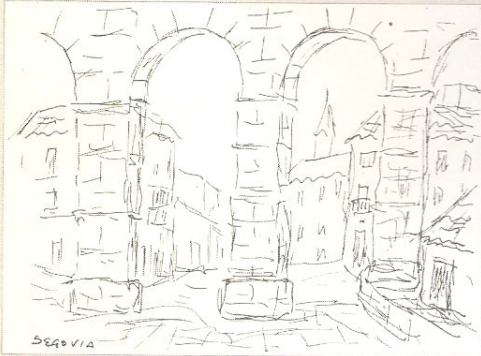
* "Un libro cuya inteligencia, claridad y equilibrado humanismo introducen, en nuestra escasa y libresca crítica, un hálito renovador y un clima intelectual estimulante" (Sobre "Imago mundi". En Clarín, Buenos Aires, 3/10/1974).

* "Los 'Cuentos del sol y del río' son realmente conmovedores. Su sentido de la soledad, de lo argentino en esas zonas donde la bruma es siempre espectral, trágica, lo vuelve el maestro de esa literatura tan honda, tan auténtica, el maestro del misterio de los ríos" (Luisa Mercedes Levinson, 1976).



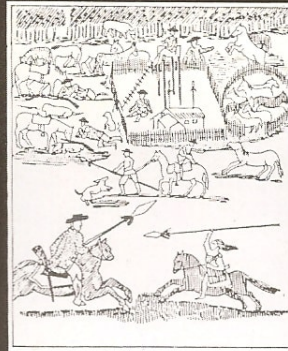
JOSE LUIS VITTORI

Agustín Zapata Gollán
HITOS



CENTRO DE ESTUDIOS HISPANOAMERICANOS

José Luis Vittori



Del Barco Centenera
y
"La Argentina"

EDICIONES COLMEGNA
SANTA FE - ARGENTINA 1991

* "Todo resplandece y se redondea y se sostiene a sí mismo como un teorema de carne y sangre, bajo la lupa de este conocedor del fenómeno humano" (Sobre "Cuentos del sol y del río". Luis Ricardo Casnati, El Litoral, Santa Fe, 15/9/1978).

* "Vittori, cuya madurez narrativa viene de lejos, no se atiene a un mezquino realismo: lo trasciende mediante un lenguaje (incluso en el discurso directo de los personajes) que atiende más a su condición poética que a un minucioso verismo". (Oscar Tacca. El Territorio, Resistencia, 24/10/1976).

* "Lo felicito por la habilidad irónica con que ha encerrado en sus páginas las imágenes de 'un tipo de huéspedes de la literatura', cuya característica es la pobreza de las nueces y la tenacidad del ruido. También lo felicito por la destreza con que mueve sus personajes e intercala géneros y tiempos" (Sobre "Gente de palabra". Manuel Mujica Láinez, 19/3/1982).

* "La obra de un narrador santafesino que, a pesar del paisaje local, se ubica en una estructura que trasciende los límites para convertirse en instancia universal" (Juan Jacobo Bajarlía. Clarín, Buenos Aires, 21/5/1971).

* "Lo obsesiona la defensa de la cultura, en la que intuye el último baluarte de lo realmente humano frente a la barbarie tecnicista, o la mera acumulación de los objetos que amenaza a las regiones, a las naciones y al hombre" (Sobre "Literatura y región". Graciela Maturo, Comunicación Univ. Nac. de Cuyo, octubre 2002).

* "La región y sus creadores' refirma el pensamiento de José Luis Vittori acerca de la vinculación entre el artista y su medio, pensamiento cuyos postulados enriquecen con su aporte orientador y esclarecedor el panorama actual de la crítica argentina" (Joaquín Gianuzzi. Clarín, Buenos Aires, 3/9/1987).

José Luis Vítтори



* "Vítтори remonta lo fenomenológico hacia las fuentes, los orígenes, las 'esencias' de lo humano, para después situarse en un tiempo y espacio próximos" (Sobre "Del Barco Centenera y La Argentina". Marta Rodil, 1994).

* "Un libro necesario sobre todo en los tiempos que corren, llenos de confusión y una ignorancia orientada. Hacia lo peor, por supuesto. Lleno de esa decantada sabiduría que proporciona un intelecto maduro y seriamente preocupado por lo que importa, pleno de la serenidad propia del que ha vivido y pensado mucho" (Sobre "El escritor y su condición". Raúl H. Castagnino, 1994).

* " (...) ha incorporado complejas perspectivas de tiempo y espacio, usos y abusos de sofisticado arsenal tecnológico o visiones oníricas de un hipotético sistema planetario. También -y de modo preponderante-, la imbricación del hecho estético en dimensiones vinculadas con 'nuevas' formas de conciencia y de búsqueda, estados límites donde se juega lo más misterioso, recóndito y vulnerable de la condición humana" (Sobre "El tiempo y los sueños". Osvaldo Raúl Valli. El Litoral, Santa Fe, 16/1/1999).



Foto: Fredy Heer

La trayectoria

- * Nació en Santa Fe, en 1928. Estudió en el Colegio de la Inmaculada Concepción, y en 1947 se incorpora a la redacción del diario El Litoral, donde se formó en el periodismo, que ejerció durante cincuenta años, retirándose en 1996 con el cargo de director.
- * Designado miembro de la Academia Argentina de Letras en 1988.
- * Miembro fundador, presidente y actual presidente honorario del Centro de Estudios Hispanoamericanos de Santa Fe.
- * Ex presidente de la Asociación Santafesina de Escritores.

Bibliografía

- * "Las fuerzas opuestas" (novela), Premio Edición Fondo Editorial de la Municipalidad de Santa Fe, 1961. Edición posterior en ECA, Buenos Aires, 1979.
- * "La voluntad de realismo" (ensayos), Ed. Colmegna, S. Fe, 1963.
- * "Las campanas del sur" (novela), Ed. Colmegna, S. Fe, 1971.
- * "Imago mundi" (ensayos), R. Alonso Ed., Buenos Aires, 1973. Con la novela mencionada arriba obtuvo el Primer Premio Nacional de la Secretaría de Estado para la región Centro-Litoral (1976 y 1978).
- * "Cuentos del sol y del río". Ed. Colmegna, S. Fe 1976. Con ilustraciones de Ricardo Supisiche. Faja de Honor de la SADE, Buenos Aires, 1977. Ediciones posteriores en Biblioteca Fundamental Santafesina y E. Sudamérica, S. Fe, 1993.
- * "El escritor: medio y lenguaje" (ensayos) Ed. Castañeda, Bs. As., 1977. Premios Arturo Jauretche y Almafuerte.
- * "Fernando Espino, a todo o nada" (ensayo). Ed. Colmegna, S. Fe, 1980.
- * "Gente de palabra" (novela). Ed. Colmegna, S. Fe, 1981.
- * "Tres cuentos del río", Cuadernos Gaceta Lit. de S. Fe, 1985.
- * "Literatura y región" (ensayos), Ed. Colmegna, S. Fe, 1986. Primer Premio Nacional Ricardo Rojas 1985.
- * "La región y sus creadores" (crítica), Ed. Fundación Ross, Rosario, 1986.
- * "Literatura y cultura nacional" (ensayos), Ed. Colmegna, S. Fe, 1988.
- * "Del Barco Centenera y 'La Argentina', orígenes del realismo mágico en América", Centro de Estudios Hispanoamericanos, S. Fe, 1991. Premio Nacional de Cultura 1993.
- * "Agustín Zapata Gollán: Hitos" (estudio), Centro de Estudios Hispanoamericanos, S. Fe, 1994.
- * "El escritor y su condición" (ensayos), Ed. Colmegna, S. Fe, 1994.
- * "Exageraciones y quimeras en la conquista de América" (ensayo), Centro de Estudios Hispanoamericanos, S. Fe, 1997.
- * "El tiempo y los sueños" (cuentos), Ed. Vinciguerra, Bs. As., 1998.
- * "Viajes y viajeros en la literatura del Río de la Plata" (dos tomos, estudio), Ed. Vinciguerra, Bs. As., 1999.
- * "Cuentos del río". 2da. edición, Ed. Argos, S. Fe, 2000. Ilustraciones de Ricardo Supisiche.
- * "Narraciones y poemas". Ed. Argos, S. Fe, 2000. Ilustraciones de Enrique Estrada Bello.
- * Integran su bibliografía numerosas ediciones compartidas.
- * Obra inédita: "Un antiguo verano (novela, 1999); "Páginas americanas" (2000); "Presencia de la literatura italiana en los años '60" (estudio, 2002); "Como dijo Borges... Notas sobre sus ideas estéticas" (estudio, 2004).

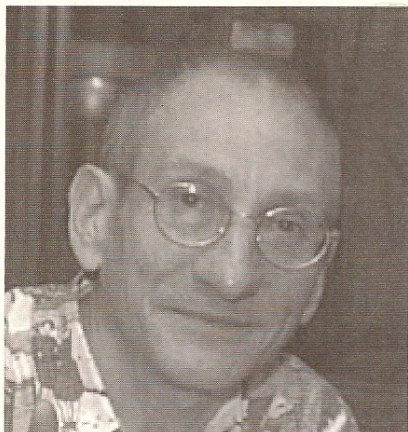


Foto de Néstor Gallegos

Enrique M. Butti es escritor y periodista. Estudió y se dedicó al cine en la Argentina y en Italia. Actualmente es periodista cultural en el diario El Litoral, de Santa Fe.

Es autor de:

- * "Aiaiy" (Novela. Premio Fondo Nacional de las Artes. Editado en Sudamericana, Buenos Aires, 1986.);
- * "No me digan que no" (Novela. Colihue, Buenos Aires, 1985, actualmente en su 9º edición.);
- * "Del nombrar y de los nombres" (Ensayo. Premio José Pedroni. Colmegna, Santa Fe, 1986.);
- * "Espina de diamante" (Teatro. Premio Concurso de Obras Breves. Editorial Colmegna, Santa Fe, 1987.);
- * "Solfeo" (Cuentos. Editorial Eco, México, 1990. Premio Alcides Greca, 1999.);
- * "El fantasma del Teatro Municipal" (Novela. Editorial Colihue, Buenos Aires, 1992. 10º edición.);
- * "La fruta de la perdición" (Teatro. Premio Fondo Nacional de las Artes. Ediciones de la Cortada, Santa Fe, 1993.);
- * "Carnavalito" (Novela. Editorial Colihue, Buenos Aires, 1994, 3º edición.);
- * "Cuaderno de traducciones" (Traducciones de Leopardi, Pessoa, Lee Masters, Alice James, etc. Ediciones Delanada, Santa Fe, 1997.);
- * "Indí" (Premio Mario de Andrade. Editada en Italia por Il Saggiatore, Milano, 1995. En castellano la publica editorial Losada, Buenos Aires, 1998.);
- * Traducción de los "Relatos" de Giuseppe Tomasi de Lampedusa (Perfil, Buenos Aires, 1998.);
- * "Sin cabeza y encapuchados" (Novela. Editorial Colihue, Buenos Aires, 2001.);
- * "Poemas" (Poesía. Número monográfico de "Omero". Buenos Aires, 2003.);
- * "Porotita pajarona" (Cuento para niños. Ediciones UNL, Santa Fe, 2003.)



SAN CRISTOBAL
S. M. DE SEGUROS GENERALES

Av. Rivadavia 3070 - Santa Fe
Tel.: (0342) 450-1700
Fax: 455-2290

BOTTAI
inmobiliaria

CASA CENTRAL SUCURSAL
SAN MARTIN 1697 MONTEVIDEO 1889
Tel/Fax: 459-4008 (Rotat.) Tel./Fax: 4405602
3000 Santa Fe 2000 Rosario
Email: casacentral@bottai.com.ar

el rincón de
Susana
Artística y Manualidades

San Jerónimo 2345
Tel. (0342) 4551465 - 3000 Sta. Fe
E mail: elrincóndesusana@infovia.com.ar